



LOS COOK-TAILS.

DEBE haber una causa primordial desconocida, pero poderosa, en la evolución de la humanidad, que explique el incremento que en las sociedades modernas ha llegado á tomar la pasión por las bebidas alcohólicas. Claro es que este incremento tiene una explicación fácil é inmediata en el perfeccionamiento y progreso de las industrias que se relacionan con la embriaguez y en las nuevas creces del comercio del mundo, merced á la facilidad de las comunicaciones. Pero en el orden moral deben existir también causas morales que van determinando esta nueva faz de las so-

ciudades é imprimiéndoles su carácter distintivo. Desde el espíritu que guía al cenobita á renunciar á los bienes de este mundo, hasta las orgías parisienses, hay que recorrer no solo la distancia de muchos siglos, sino la lenta pero decidida trasformación de las costumbres. A medida que el mundo adelanta, las sociedades se ponen de fiesta, y la fiesta moderna está invariablemente ligada por multitud de puntos de contacto con la embriaguez, ley á la cual no escapa ni la fiesta religiosa, exstrictamente sobria por su mismo carácter. La fiesta religiosa, instituída para sustituir las saturnales, ha perdido su brújula, para volver á la saturnal que se verifica alrededor del templo. Saturno, ó la imágen de Nuestra Señora de los Ángeles, como si fueran el mismo númen, dan el mismo contingente á la estadística alcohólica.

Sea cual fuere el punto de vista bajo el cual se considere al borracho, hay que juzgarlo bajo una ley que llamaríamos de las deficiencias.

Fisiológicamente apelaríamos á la deficiencia de los glóbulos rojos de la sangre, á la deficiencia de las sustancias nutritivas y á la deficiencia de oxígeno puro en las habitaciones de los centros de población.

Moralmente, pueden ser aún mas numerosas las deficiencias que de día á día, y hora



por hora, hacen pasar preséritos del estadio de los temperantes al estadio de los borrachos.

La deficiencia del valor y del desprecio al peligro, recurre á alcoholizar la sangre en las venas, y entonces el cobarde le llama á este envenenamiento «darse valor».

La deficiencia de justicia para ejecutar un acto que la conciencia sana rechaza, establece una pugna entre la razón y la pasión. El hombre nombra árbitro al alcohol para dirimir esta contienda y el alcohol decide siempre, como muchos jueces, á favor del mas fuerte, que es la pasión.

El espíritu humano, tan desigualmente distribuído en la larguísima escala de los seres vivientes, coloca á la vanguardia del movimiento moral intelectual una minoría escogida, para dejar atrás y atrás multitudes que, de deficiencia en deficiencia, van á perderse hasta los aborígenes de la humanidad. Claro es que la perfectibilidad moral excluye por completo ese acto atentatorio, ese suicidio cobarde de la embriaguez. Claro es que mientras más resplandezca la inteligencia humana por la instrucción, mientras más se enaltezca por la ciencia, y mientras

más se perfeccione por la moral, se alejará más y más de la intoxicación estúpida, que sofoca y apaga la tea divina con que el hombre ilumina la senda tenebrosa de su destino.

Así como en el orden físico la falta de vigor en la sangre induce al anémico á alcoholizársela, en el orden moral la falta de vigor intelectual, la falta de valor, la falta de sociabilidad y el deseo de sofocar la voz de la conciencia intranquila, forman al borracho, que acaba sus días con una vida ficticia en este mundo, para despertar en la vida futura ante una espantosa realidad.

Nuestra sociedad se resiente ya profundamente de los efectos de la pasión alcohólica. Ha desaparecido casi por completo la conversación que se generaliza en los grupos, la charla que entretiene y el trato sincero y franco entre personas de diferente sexo. Debe haber excepciones; pero una reunión, hoy por lo general, se resiente de estiramiento y fría inmovilidad por parte del bello sexo, y retraimiento y rusticidad

en los jóvenes que no se ponen en contacto con las señoras sinó exclusivamente para bailar, y para saludar y despedirse. En cambio hay que buscar á los jóvenes en el comedor al lado de las botellas, y si se les quiere ver expansivos, desembarazados y decidores, hay que buscarlos en sociedad que no es para descrita.

No quiere decir esto que esta regla general no tenga excepciones, y honrosísimas, y hasta nos atreveríamos á decir numerosas; pero la mayoría que da la acentuación y el carácter á la sociedad, es á la que nos referimos.

A ese paso los salones permanecen cerrados, y sucede frecuentemente al que va á hacer una visita de noche, sufrir un interrogatorio del portero, que en vez de esperar visitas teme una asechanza; después sigue la aparición de una recamarera medio azorada de que á las nueve de la noche entren personas á la casa. Mientras da cuenta á la familia de semejante novedad, y la visita espera en el corredor se oye el abrir

de puertas, el crugir de las llaves y el movimiento de las vidrieras. La criada acierta apenas á encender la lámpara de petróleo que está sobre la mesa de centro, y cuando la señora de la casa entra á la sala, la visita pide perdones por su importunidad, y la señora se disculpa por su retraimiento, y manifiesta cómo su marido se fué al teatro, y los jóvenes N y M vuelven á casa generalmente muy tarde y que los primos H y R no van á verla sinó de tarde en tarde, que éstos y los amigos de sus hijos, y el hermano de la señora y todos los hombres de la casa, en fin, no acostumbran estar allí de noche, y esa es la razón porqué la mamá y las niñas están solas y se encierran á las nueve.

—Los jóvenes N y M estarán haciendo visitas.

—No señor, dice la mamá, M debe estar en casa de su novia, que es la única casa que visita. N debe estar en el billar; es afectísimo á esta diversión, y dicen que es un jugador de primera.

—Y su marido de usted?

—El pobre, como trabaja tanto, se sale de noche á divertirse; muchas veces me invita, pero qué, si cuando uno tiene niños....

Los niños de esta señora saben beber y jugar; pero no visitan á nadie. No se les ve en su casa más que á la hora de comer, y eso no siempre.

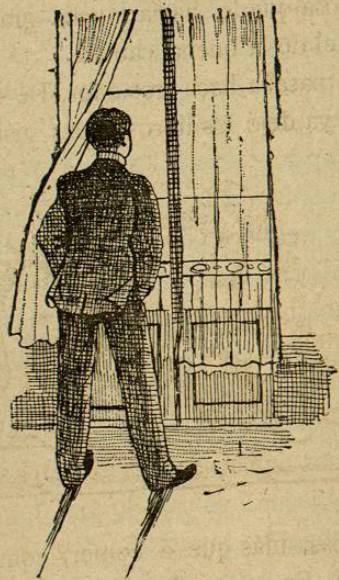
N, el que juega al billar, tiene veintiseis años, cortó su carrera, y es un gran bebedor de copas. Era un jóven muy apreciable, tenía talento y su porvenir hubiera podido ser brillante: pero un amigo que tiene y que se precia de tener muy buena cabeza, lo invitó un día á tomar un «cook-tail» y N se sintió por el momento expansivo y despejado por la primera vez, había perdido su habitual encogimiento, y conoció que lo que él necesitaba era tomar un poquito; y á la media hora él invitó á su amigo á tomar otro «cook-tail;» el convidado le aconsejó que probaran otro brevaje americano compuesto de varios licores y varios aromas, y helado por añadidura. De esa ma-

nera el alcohol logra penetrar á la sangre disfrazado de refresco. N. descubrió en sí mismo la facultad de tomar varios «cook-tails» sin sentirse borracho. Lo único que sentía era una especie de felicidad, de cuya aparición estaba muy ancho.

Así pasó la mañana de un domingo. En la tarde quiso probar, sólo, y volvió á la cantina por otro «cook-tail» y se echó á andar, tenía una empresa amorosa hacía tiempo, y mientras vagaba por las calles después del primer «cook-tail» vespertino, pensó en una barbaridad, pero no se sintió con valor suficiente para llevarla á cabo, volvió á la cantina, y á poco rato se admiró de la prodigiosa virtud de los «cook-tails.» Los escrúpulos habían desaparecido. Esa noche procuró llegar á su casa lo mas tarde posible para que no lo vieran.

Al día siguiente al verse en el espejo, fluctuaba su ánimo entre la vergüenza de lo que había hecho, y la idea de que era ya un calavera, y un hombre de mundo. Se atusó su pequeño bigote, y su primer

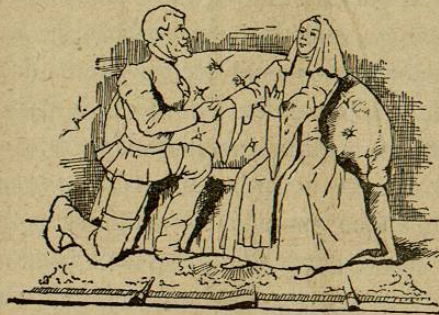
cuidado fué buscar á su amigo, el de la buena cabeza, para contarle su aventura. Esa mañana probó N. á elección de su amigo,



la tercera clase de brebaje, mucho mejor, por supuesto, que los anteriores. Esta vez tomaron los dos amigos una mesita en el rincón de la cantina para platicar cómoda-

mente. ¡Cosa rara! N. que se sentía hasta enfermo en la mañana, volvió á experimentar el bienestar de la víspera, y se sintió muy bien; empezó á estar ocurrente y cínico, cosa que le hacía mucha gracia á su amigo el de la buena cabeza.

Esto pasaba hace tres años. De entonces acá N. ya dejó los libros, y las visitas. No



va á su casa más que á comer, como dice su mamá. Su amigo le tiene miedo á N. cuando se embriaga; se convierte en una especie de loco furioso, á quien es preciso no contradecir. Le da por Tenorio, y busca á doña Inés entre esas señoras; algunas ve-

ces ha encontrado la estatua del Comendador en forma de gendarme.

N. ha cambiado mucho en tres años; era delgado y buen mozo; hoy está gordo, con una gordura hinchada y fofa, lo cual se le conoce especialmente en la nariz; tiene los ojos inyectados, y la mirada vaga y huraña. Vaga por las calles de Plateros, parándose en las puertas. Ha llegado á tomar más que su amigo, el de la buena cabeza, y ya no puede estar en equilibrio si no toma de diez á doce copas al día. Cuando se le pasa una hora sin «cook-tail,» esahora es negra, porque entonces se acuerda que ha robado á su mamá, que empeñó un anillo ageno, que ha pedido prestado y no puede pagar, que le debe al sastre, que la familia H. ya no le habla; y todo esto viene acompañado de unas punzadas en el hígado que le hacen sufrir horriblemente; además se siente desvanecido y débil; con un temblor como calosfrío, y suele perder hasta las palabras; conoce que su voz está hueca y siente en la lengua una contracción extraña. Todos

estos acreedores le piden el «cook-tail:» cuando lo toma se vuelve á sentir feliz, como su amigo el de la buena cabeza.

Así vive N. Las amistades de su casa hablan de él como de un muerto. La madre llora todos los días. Su papá le ha reprendido de una manera severísima, el doctor que cura á la familia le da un año de vida; dice que la cirrosis está muy avanzada, que el corazón está seriamente afectado, y opina porque á esta altura es casi imposible la curación. Además N. no quiere curarse; le ha confesado á su amigo, el de la buena cabeza, que desea morir.

El maguey de los llanos de Apan y los «cook-tails» de la capital responden de la solvencia y prosperidad de las agencias de inhumaciones.

